

Pensamiento Económico Argentino en los albores de la Revolución de Mayo

JUAN HIPÓLITO VIEYTES (1802), “INDUSTRIA”, SEMANARIO DE AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO

Como todos los pobladores de una Provincia no son aptos para ejercitar la agricultura, y como por otra parte se presentan al hombre otra infinidad de ramos que atendido con cuidado le pueden producir utilidades ventajosas, de aquí es que sin desatender a aquella hay un sobrante de brazos para ocuparse en los más preciosos ramos de industria. La naturaleza misma nos indica el tiempo y circunstancias en que debemos aplicar nuestras fuerzas a los trabajos fuertes: en los primeros años luego que el hombre ha salido de la infancia, son seguramente flacas, y la misma debilidad contraen en la última vejez, y este es precisamente el tiempo en que se deben dirigir con el mayor empeño hacia la industria: ¿de qué servirían pues las manos del anciano, las del niño, y las de la mujer que por la debilidad de su complexión no pueden emplearse en los duros trabajos de la labranza en que se ejercita el hombre vigoroso, sino se ocupasen en promover aquellos ramos de industria más análogos a la situación de sus terrenos, y a la delicadeza de sus fuerzas? De ninguna otra cosa que de absorber precisamente el trabajo del pobre Labrador, sobre cuyos hombros cargaría todo el peso de una familia numerosa, destinada a alimentarse de los sudores más del fuerte. ¿No es esto puntualmente lo que sucede desde tiempo inmemorial en toda la vasta extensión de nuestra Provincia? Así lo vemos practicado con el mayor dolor, y sin que haya hasta ahora habido un dedicado y celoso patriota que animado del amor por la felicidad de estas Provincias y de nuestros desdichados compatriotas les haya dicho con voces y palabras acomodadas a su inteligencia *Labradores: Nación alguna puede prosperar sin el fomento de la industria su extensión es inmensa, sus objetos innumerables, sus utilidades indecibles. Cuanto producen los tres Reinos de la naturaleza, tanto es susceptible de industria, y cuanto abraza la industria tanto es útil a los hombres. Ella da ocupación y sustento a un sin número de familias y ella atrae consumos, ella destierra la pobreza y la mendicidad; ella promueve la ciencia, y las artes; ella vivifica las Naciones, y sin ella casi de nada sirve la agricultura, porque ella es la que da valor a los frutos que cultiváis, y la que da ocupación a provecho a los débiles brazos de vuestra familia numerosa.*

De nada sirve la fertilidad del terreno sino se sacan de él todos los frutos que es capaz de producir, y mucho menos si a estos no se les da alguna obra de mano que los ponga en estimación y aprecio. Hasta ahora únicamente nos hemos contentado con arañar la tierra, sembrar el trigo maíz, y alguna otra semilla, y recogerle: y este sencillo trabajo que por la pingüe feracidad de nuestra tierra nos da óptimos frutos para subvenir a las primeras necesidades se halla aún muy distante de acarrearos la opulencia a la que deberíamos ansiosamente aspirar por la inalterable proporción

que dio naturaleza a estos terrenos para producir un sin número de ramos que hasta ahora se han mirado con descuido. La siembra del cáñamo, y de lino, el plantío de algodón, el del árbol de añil, el curtido de toda especie de pieles, el conocimiento de las plantas para la extracción de los colores, el cultivo de las moreras, y cría del gusano de la seda, el recojo de gomas y resinas, y otra porción de especies que sin mucho gafa y con solo un poco de aplicación se pueden acopiar en abundancia en la dilatada extensión de estos terrenos, son todas materias apreciables, y de un consumo prodigioso en la Europa para donde se debían exportar. Nada otra cosa falta a nuestros Labradores más que abrirles y enseñarles el camino por donde pueden prosperar: ellos están hasta ahora en posesión de creer que con solo cultivar las semillas comunes, y cuidar de sus ganados han llenado el colmo de sus deseos, y cumplido con todas las duras tareas de una agricultura activa; pero cuando se les manifiesta los muchos otros pasos que hay que dar para poder llamarse agricultores, y que estos son sin contradicción los más preciosos para salir de la pobreza y la miseria, entonces se verá pues es uso la actividad que ahora se desconoce en las campañas y se verá al hombre promover con el mayor esfuerzo los nuevos ramos que deben conducirlo a su mayor prosperidad, y a la opulencia general de nuestras Provincias. Pero no basta solo el poner la atención en la agricultura, y cría de ganados si se desatiende a la industria: porque la mujer, las hijas y los niños de un Labrador sin ocupación son una carga aunque indispensable que abrumba, y enflaquece al Labrador más acomodado: es pues de necesidad hacer de algún modo producir a estas manos débiles para darles desahogo y aliento en sus tareas: Los frutos que cultiva con su afán su mano diligente jamás podrán tener una salida pronta, y un considerable expendio, si no se exportan fuera de la Provincia, y es formalmente imposible el poderlos exportar siempre que se mantengan en el subido precio en que hoy están; todo el gran secreto pues está en procurar un modo sencillo y fácil de que al Labrador cuesten muy poco las operaciones de la siembra, y del recojo de sus frutos, para que de este modo los pueda vender por un precio acomodado a que puedan concurrir con los que se llevan a este efecto a los demás mercados: pero para conseguir este importante fin sería necesario tener atención a varias cosas: primera que el salario de los trabajadores destinados a ayudar al Labrador en la siembra, y el recojo de sus especies, fuese de tal modo acomodado que no gravasen considerablemente el fruto cosechado; segundo, que el Labrador impendiese en su persona, y su familia tan limitados gastos, que no hiciesen subir el precio de sus manos, y que su trabajo personal resultase casi como un producto neto en el cargo de sus utilidades: prescindo por ahora del mejor método que podría usarse en las operaciones de la siembra y recojo, y de la economía que podría guardarse en ambos tiempos para que creciese el producto limpio, sobre cuyo particular habrá tiempo después de apuntar varios medios, por contraerme solo a la explanación de los puntos indicados.

Siempre hemos oído con admiración que en Reyno de Chile se ha llevado a vender el trigo a dos y medio reales la fanega en la hera, a cinco y seis rs. Fuera de ella, limpio y de buena calidad, y de todos modos se asegura que no pierde cosa alguna el Labrador.¹

Examinando pues las causas que pueden concurrir a la notable desproporción que se advierte entre aquellas y estas Provincias en las que vendido a dos pesos la fanega acaso no podrá costearse el cosechero, no se encuentra otra alguna que la del poco valor que tienen los jornales en aquel Reyno, pues el regular salario de un trabajador es el de uno y medio reales cada día; ¿y cómo podrían trabajar a tan bajo precio, si como los nuestros hubieran de vestirse necesariamente de los géneros de fábricas muy distantes? Es evidente pues que precisados a ello subiría forzosamente el valor de sus brazos, pues el género más basto de que usasen les absorbería probablemente el trabajo de algunos meses; de que se seguiría el encarecer sus salarios para equilibrar sus gastos; pero como esto no sucede, como se visten de las

bayetas, xergones, y pañetes groseros que se labran dentro del propio Reyno, y estos efectos los consiguen a un precio sumamente bajo; de ahí es, que balanceando los gastos con las utilidades que perciben de su trabajo, pueden destinarse a las labores auxiliares de la campaña por tan moderado precio.

Si nuestros Labradores a ejemplo de aquellas gentes industriosas plantasen en medio de sus hogares el taller de unas fábricas groseras, destinadas solo a subvenir a las necesidades de toda su familia, para lo que les presta sobradamente material la abundante y hermosa lana de que se hallan cargados sus ganados: si las mujeres y sus pequeños hijos en lugar de no hacer uso alguno de sus manos, las convirtiesen en rueca, al torno, y al telar, y surtiesen de este modo a la familia del grosero vestuario que exige su profesión; entonces sí, que sobre desaparecer enteramente la vergonzosa ociosidad, veríamos bajar de improviso el trabajo de las manos; veríamos al Labrador ya no abrumado con la pesada carga de una familia que le usurpaba ociosamente el fruto de sus sudores, sino alegre y contento en medio de una mujer y de unos hijos que con su industria le ayudaban a fijar en el fondo de sus tierras el valor de sus desvelos y fatigas: y que compatriotas, ¿no lo veis prácticamente ejecutado en nuestras Provincias limítrofes en las que se labran telas groseras para el uso común de las gentes del campo? No habéis visto en el discurso de la última guerra como a porfía nos han venido agua de las Provincias más distantes de nuestra América, los lienzos; los bayetones, los pañetes; y bayetas, con que se ha socorrido nuestra indigencia, y escasez? Hasta el día si lo observáis con cuidado veréis que nuestras gentes pobres se surten de los lienzos de Cochabamba, y de las bayetas del Cuzco. Una y otra Provincia se hallan a una distancia enorme de nosotros; la primera no dista menos de 600. leguas de esta Capital, y la segunda a muy cerca de 800. agregad a esta distancia prodigiosa la fragosidad de los caminos en los que por la mayor parte ha de conducirse toda carga a lomo: y de aquí deduciréis los crecidos fletes, y cuantiosos gastos que ha sido necesario se impendiesen para llegar hasta nosotros; y con todo aun os acomoda su precio; aun lo usáis para vuestro vestuario; con cuanta mayor razón os acomodaría el que se labrase dentro de vuestras propias casas, y en el seno de vuestras familias. Entonces podrías estar seguros de que no os faltarían brazos que ayudasen a vuestras tareas rurales por un precio acomodado: vuestras cosechas no estarían en pie más allá de la precisa estación por lo caro de los brazos, y por la escasez de fondos para recogerlas: entonces atenderías debidamente al cuidado de vuestros ganados que hoy se hace indócil y cerril por falta de los corredores de Campo que lo traigan a rodeo: entonces sabrías sacar de él todos aquellos provechos preciosos que hoy desconoce vuestra ninguna industria: entonces por fin seríais ricos, y felices.

Cuan a poca costa, compatriotas, y con qué pequeño sacrificio de parte de vuestra familia vais a ser el sostén y apoyo de las Provincias Argentinas; ya parece que os veo alarmados, y que de común acuerdo imponéis en vuestras casas el precepto irrevocable de que no estén un punto desocupadas las manos que hasta aquí no os sirvieron de auxilio alguno en el trabajo: loable resolución a la verdad si así os determináis ciegamente a ejecutarlo; pero tened presente que es menester prudencia, y talento para dirigir las, y que una refinada economía debe ante todas cosas adoptarse para que se consiga la empresa con ventajas: esta no consiste precisamente solo en hacer los mayores ahorros posibles en las faenas que se emprendan, sino también y principalmente en discernir los tiempos, medir las estaciones, elegir los lugares más apóposito al ramo que se quiera cultivar, y dar a cada especie el beneficio más adecuado a su conservación y aprecio. Si se trata por ejemplo del curtido de las pieles, de la siembra, del Cañamo, y del Lino y del blanqueo, y beneficio de estos dos preciosos renglones, del modo de extraer los tintes de las plantas &c. Estad seguros que en el discurso de este Semanario encontrareis el método más sencillo, y acomodado al estado actual de nuestras tierras, y a las escasas facultades de las gentes que se quieran dedicar a promoverlos. Yo seré desde luego el órgano por donde se

transmita al común del Pueblo toda especie de conocimientos para que se proceda al fomento y cultivo de los renglones insinuados, y de otros muchos que sucesivamente tendré cuidado de notar; pero no encuentro arbitrio alguno para que estas mismas memorias se difundan por toda la vasta extensión de la campaña, y lleguen hasta las propias casas de sus distantes pobladores, si en su auxilio no acuden los celosos y ejemplares Párrocos, a cuyo cuidado y vigilancia se halla encargada la conducta espiritual de estos preciosos miembros de la Sociedad. ¿Y cómo podré dudar un punto pues que estos ejemplarísimos Ministros del Evangelio que incesantemente se desvelan por el bien espiritual de los hombres cometidos a su cuidado quieran añadir a sus pastorales tareas la de enseñarles el camino de ocuparse tan ventajosamente? Hará desde luego la más terrible traición a mi confianza, y a su decidido celo, y patriotismo, si no los creyese inflamados ardientemente del deseo de ver prosperar a agigantados pasos, el despoblado patrimonio de los habitantes del campo. Estos de nada otra cosa necesitan sino de que se les insinúe la senda por donde puedan llegar a ser útiles, y lucrosas sus tareas, para que se inflamen vivamente del deseo de desterrar sus escaseces, y de proporcionarse las nuevas comodidades que les acarrearía su industria. Para que el hombre destierre la inacción y la pereza, no se conoce otro camino que el de ponerle a la vista el cebo del interés, y allanarle los estorbos que le puedan impedir el conseguirlo. De este modo el Anciano, la Mujer, y el niño se verán constantemente ocupados en las útiles tareas de una industria lucrativa que desconocieron sus Padres. La copia de hijos no será ya una carga pesada para el triste Labrador, y antes por el contrario aquel será más rico que cuente mayor número de manos ocupadas, y auxiliares. El celibato profano, esa plaga destructora de la población, que mantiene nuestras Provincias baldías, no tendrá ya aquellos acérrimos partidarios que de tropel se alistan bajo sus banderas seductoras. No se mirará como hasta aquí con el mayor horror el recomendable estado del Matrimonio; porque tampoco habrá el menor motivo de temer la falta de ocupación y auxilios para mantener el dulce fruto de las nuevas alianzas que contraigan. Desaparecerá por fin de nuestras tierras la tristeza y lobreguez que naturalmente envuelve en los semblantes la miseria, y en su lugar tomará un firme asiento la alegría hija de la ocupación y la abundancia. A vosotros pues compatriotas ilustrados, a vosotros toca el echar los cimientos al grandioso edificio de nuestra prosperidad: vuestro auxilio, vuestro socorro y vuestra ayuda serán los primeros indestructibles materiales que formen la base sobre la que debe descansar esta grande obre. El holgazán, el pobre, el Anciano, el niño, la mujer, todos, todos serán deudores de su decente ocupación.

¹ Aunque es verdad que la fanega de Chile es en un tercio menor que la nuestra; con todo, siempre se advierte la notable desproporción del precio.